



ENTREVISTA A GABRIEL BUDIÑO

Biografía: Gabriel Budiño León es contador público y magíster en sistemas de información. Es profesor titular de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República en Uruguay, consultor en tecnologías de información y especialista en transformación digital aplicada a la contabilidad. A lo largo de su trayectoria ha desarrollado investigaciones sobre automatización de tareas contables, integración de tecnologías de información en las organizaciones y sobre cómo la digitalización redefine el rol profesional del contador. Desde esa experiencia responde a los desafíos que plantean la automatización y la inteligencia artificial para la profesión y para la formación universitaria.

 **Jorge Alexis Briones Jimenez**
Team Finanzas

 **Anggi Janeth Leiva Saavedra**
Team Finanzas

1. ¿Cómo contribuye o facilita la automatización el papel del contador en la toma de decisiones estratégicas?

La automatización en contabilidad suele asociarse de inmediato con ahorro de costos y eficiencia: menos horas de trabajo, menos errores, menos reprocesos y menores costos de transacción. También se reconoce que puede aportar mayor transparencia y seguridad en los procesos. Sin embargo, limitarse a esa lectura deja afuera un aspecto clave. La automatización no solo permite hacer lo mismo de forma más barata o más rápida, sino que libera tiempo del profesional y crea espacio para hacer cosas distintas y de otra manera.

Ese tiempo liberado puede destinarse a tareas que requieren más pensamiento, más análisis, más empatía y más vínculo con otras personas, en lugar de seguir atado a actividades rutinarias que ocupan diez o

doce horas al día. El problema frecuente de quienes trabajan en contabilidad es no tener tiempo para estudiar, actualizarse o replantear cómo hacen su trabajo, porque el día a día se consume en procesos repetitivos. Frente a eso, la invitación es que la tecnología reemplace todo lo que pueda reemplazar, precisamente para que el contador se concentre en aquello que la máquina no hace: interpretar, dialogar, acompañar decisiones, entender contextos y relacionarse con las personas dentro de la organización.

La analogía con la docencia refuerza esta idea. Grabar clases y apoyarse en recursos tecnológicos permite evitar redundancias y liberar tiempo para el intercambio directo con los estudiantes, para escucharlos y construir juntos a partir de sus dudas y aportes. Algo similar ocurre cuando se usan herramientas como ChatGPT para extraer de un texto largo solo las ideas principales que realmente se necesitan. Si el objetivo es

obtener dos conceptos centrales de un trabajo de 200 páginas, resulta más razonable delegar esa tarea a la máquina y aprovechar el tiempo ganado para reflexionar sobre esos conceptos, contrastarlos con otras fuentes y formar opinión propia. En ese sentido, la automatización facilita que el rol del contador se desplace desde la ejecución mecánica hacia la participación estratégica en la organización.

2. ¿Qué cambios deberían introducirse en los planes de estudio de contabilidad para responder a la era de la inteligencia artificial?

La experiencia con los planes de estudio muestra una evolución desde estructuras muy rígidas hacia modelos más flexibles y orientados a perfiles. Un plan como el de 1990, vigente durante más de dos décadas, se basaba en una lista fija de cursos y en contenidos predeterminados para cada uno. En ese contexto existía, por ejemplo, una materia de introducción a la computación pensada para un tipo de hardware y de uso de las computadoras que hoy está completamente desactualizado. Hablar de “las partes de la computadora” pierde sentido cuando un teléfono, una laptop y otros dispositivos tan distintos entre sí funcionan como computadoras. Durante años se intentaron pequeños ajustes, enseñando contenidos diferentes de los que figuraban formalmente en el programa, pero ese mecanismo tuvo un techo. Con la reforma de 2012 se incorporó mayor flexibilidad para crear cursos nuevos y adaptar el plan a los cambios tecnológicos. Se abrieron espacios para materias sobre sistemas integrados de gestión y ERP, contabilidad en software, analítica de datos para contadores, automatización de procesos, blockchain y contabilidad, entre otras. Estas asignaturas permitieron abordar de forma

más explícita el hecho de que la contabilidad se lleva en sistemas y no en papel, y que los problemas reales incluyen también la forma en que esos sistemas se diseñan y configuran. Sin embargo, el régimen de optativas muy abierto generó una dificultad nueva. Muchos egresados terminaban armando combinaciones de materias según horarios o comentarios de que un curso era más fácil, sin una línea coherente de profundización, como si tomaran piezas sueltas de distintos temas que no terminaban de formar un perfil definido.

El plan 2024 busca corregir esa dispersión mediante perfiles de egreso. El título sigue siendo contador o contadora pública, pero, para obtenerlo, se debe elegir un perfil y a partir de esa elección cambian las materias obligatorias y el conjunto de optativas posibles. Hay perfiles vinculados a control de gestión, contabilidad financiera, tributación, auditoría o sector público, lo que permite ordenar mejor los contenidos sin perder la amplitud de la profesión. Dentro de este esquema se incluyen cursos relacionados con tecnología, aunque con una aspiración clara: idealmente, muchos contenidos tecnológicos deberían integrarse dentro de las materias tradicionales. Por ejemplo, en la enseñanza de depreciación de activos fijos sería deseable hablar también de cómo se configura y ejecuta ese proceso en un software, porque en la práctica nadie calculará amortizaciones a mano. Mientras esa integración no se generalice, las materias específicas de tecnología funcionan como una solución parcial.

En el caso particular de la inteligencia artificial, la opción no es crear una asignatura aislada y puramente teórica. La forma actual de la IA, asociada a herramientas como ChatGPT, puede cambiar en pocos años. Por eso el énfasis está en que distin-

tos cursos incorporen algo de IA en contextos concretos, explicando brevemente qué es y aplicándola a los temas que cada docente trata. Esta estrategia exige que las universidades asuman dos actitudes poco habituales en su tradición: flexibilidad para incorporar cambios con rapidez y humildad para reconocer que el conocimiento ya no está concentrado solo en ellas, sino que circula por muchos otros espacios. El papel de la universidad pasa a ser el de articuladora de ese conocimiento y de las transformaciones tecnológicas, más que el de única fuente de verdad.

3. ¿La automatización mejora la calidad de la información contable o puede generar nuevos errores o sesgos?

La tecnología genera entusiasmo y curiosidad, y resulta natural sentirse atraído por herramientas nuevas y querer probarlas cuanto antes. Esa actitud convive con un problema importante. Muchas veces la tecnología empieza a utilizarse cuando todavía no está del todo madura. La inteligencia artificial es un ejemplo claro. Hoy no ofrece todas las garantías que se desearían en términos de exactitud, transparencia o ausencia de sesgos, pero su potencial de transformación es tan grande que esperar a que esté completamente lista implicaría quedarse atrás. En algunas regiones se adoptan enfoques más arriesgados que en otras. Hay lugares donde se prioriza avanzar y asumir riesgos y otros donde se intenta regular mucho antes de usar, con la consecuencia posible de perder oportunidades.

Frente a ese panorama se vuelve indispensable una mirada crítica. La IA aprende de los datos que se le proporcionan, y esos datos están llenos de decisiones históricas que no siempre han sido justas. En selec-

ción de personal, por ejemplo, durante años se han reforzado estereotipos que asocian la informática con hombres y los roles de cuidado con mujeres. Aunque esté demostrado que esas asociaciones no tienen base válida, los modelos de IA que se entrenan con ese historial tienden a repetir las mismas preferencias. De forma parecida, en sistemas de predicción del delito, si los datos históricos muestran una alta proporción de personas afrodescendientes encarceladas, el algoritmo terminará considerando que ese grupo es más propenso al delito, incluso si esa conclusión se deriva de sesgos del sistema judicial y no de la realidad.

Evitar estas situaciones requiere decisiones explícitas sobre cómo se diseña y se usa la tecnología. Una opción concreta es anonimizar determinadas variables, como el género, de forma que el modelo no pueda basar sus decisiones en ellas. También se puede revisar qué datos se utilizan para entrenar los modelos y qué criterios se aplican para evaluar sus resultados. La automatización no debería limitarse a reproducir patrones del pasado de manera acrítica. En el ámbito contable, esta reflexión se conecta con la forma de proyectar información. Durante mucho tiempo se han elaborado estados financieros proyectados tomando como base el año anterior y ajustando por inflación, en un contexto donde cambian los mercados, los modelos de negocio y las relaciones con los clientes. Pensar que la inflación es la única variable relevante para anticipar el futuro resulta insuficiente. La automatización y la IA pueden elevar claramente la calidad de la información contable, pero solo si se acompañan de un cuestionamiento responsable de sus supuestos, de una evaluación constante de resultados y de una conciencia clara de los sesgos que pueden arrastrar.

4. ¿Qué rol tendrán la ética profesional y la interpretación humana en una contabilidad cada vez más digitalizada?

La ética no aparece solo en un curso específico ni se limita a definiciones abstractas. Se construye a partir de las personas y de los espacios que marcan la vida de alguien. Primero, en la familia, donde se reciben los valores iniciales. Luego, en los grupos de amigos, donde se decide permanecer o alejarse en función de si se comparten ciertos principios. Más adelante, en la universidad, los docentes transmiten ética tanto por lo que dicen como por la forma en que actúan. En general, quienes llegan a enseñar repiten lo que observaron en sus propios profesores, y en esa repetición se cuelan formas de ejercer el poder, de tratar a los estudiantes, de encarar los conflictos y de valorar el trabajo de otras personas.

Ejemplos aparentemente pequeños ayudan a entenderlo. Preparar un caso donde la persona que dirige la empresa siempre es hombre y quien ocupa el rol secretarial siempre es mujer reproduce una estructura de género que se ha visto durante años. Cambiar deliberadamente esos roles en algunos casos obliga a repensar quién puede ocupar posiciones de liderazgo y quién desempeña tareas de apoyo. Llegar puntual a clase, dar la misma importancia a una reunión con autoridades y a una reunión con estudiantes, ofrecer múltiples referencias bibliográficas en lugar de una sola voz dominante, escuchar las opiniones de los estudiantes y tomarlas en serio, reconocer que a veces una persona que está aprendiendo puede ver cosas que el docente no vio, todo eso construye ética en la práctica. Si la automatización se lleva las tareas más rutinarias y poco cognitivas, lo que queda para el contador son actividades más com-

plejas, donde las decisiones tienen impacto sobre personas, organizaciones y el Estado, y donde el componente ético es mucho más determinante.

Al mismo tiempo, se reconoce que la enseñanza ética no garantiza por sí sola un comportamiento intachable. Una persona que quiere defraudar o evadir impuestos, o que no se preocupa por el daño que pueda causar, puede hacerlo aunque conozca muy bien las normas profesionales y legales. Todos saben que cruzar un semáforo en rojo es peligroso y está prohibido, pero eso no impide que el tránsito de algunas ciudades sea caótico porque muchas personas deciden hacerlo igual. La responsabilidad es individual y colectiva. Si la evasión y el incumplimiento se consideran “normales” o “entendibles”, se va construyendo una cultura que tolera esas conductas. En un entorno contable cada vez más digitalizado, la interpretación humana sigue siendo imprescindible para decidir cómo se usan las herramientas, qué se acepta como válido, qué se rechaza y cómo se equilibra el poder y la eficiencia que aporta la automatización con el respeto a las personas y a la sociedad.

5. A partir de su trayectoria formando profesionales durante casi tres décadas y liderando programas en sistemas de información, ¿qué aprendizaje personal considera más valioso para prepararse y mantenerse vigente en un entorno contable cada vez más digitalizado?

Gabriel Budiño recurre a su experiencia personal para sintetizar el aprendizaje que considera más valioso. Al graduarse como contador público, comenzó a buscar trabajo y, casi por casualidad, terminó en un puesto vinculado a tecnología de la información, implementando SAP y otros sistemas ERP.

En ese momento no sabía nada de SAP, nunca había participado en la implementación de un software y esos temas tampoco formaban parte de su formación universitaria. Pasados unos meses, cuando sintió que ya se había ganado cierta confianza del gerente que lo había contratado, se animó a preguntarle por qué lo habían elegido para ese puesto, siendo un recién egresado sin experiencia específica en tecnología.

El gerente le respondió que en la universidad le habían enseñado a resolver problemas y que, en la profesión, los problemas iban a aparecer todos los días, siempre distintos. Dicha frase lo marcó. Desde entonces, durante más de dos décadas, su vida profesional ha consistido en enfrentar problemas de naturaleza diversa. A veces son técnicos, de programación o configuración de sistemas. Otras veces tienen que ver con la falta de entendimiento entre usuarios y consultores, o con la necesidad de traducir en procesos concretos un cambio en el modelo de negocio. En otras ocasiones, el problema está en la situación personal de alguien del equipo que atraviesa un momento difícil y no puede recibir la misma presión que el resto. Esa variedad de problemas reforzó durante muchos años la idea de que el rol del profesional era ser alguien capaz de encontrar soluciones.

En los últimos años, con el avance de la inteligencia artificial, Budiño empezó a revisar esa idea. Cada vez hay más casos en que una máquina puede resolver problemas específicos mejor y más rápido que una persona. Relata, por ejemplo, el caso de un docente de ingeniería que había diseñado un ejercicio complejo de optimización y vio cómo ChatGPT encontraba directamente la solución óptima, dejando al margen el desarrollo matemático que él quería trabajar con sus estudiantes. Ante situaciones así,

la conclusión es que el valor del profesional no puede descansar solo en la capacidad de resolver problemas, porque una parte creciente de esa tarea será asumida por las máquinas.

A partir de esta reflexión, Budiño retoma aquello que le dijo su gerente, pero lo lleva un paso más allá. Más que limitarse a resolver problemas, los profesionales universitarios necesitan aprender a hacer buenas preguntas. Cuando alguien no sabe nada de un tema y formula una consulta muy básica a una herramienta de IA, la respuesta suele ser suficiente. En cambio, cuando existe conocimiento previo, lo importante es preguntar mejor, profundizar, pedir enfoques alternativos, adaptar el análisis a distintos públicos y detectar vacíos o contradicciones. Budiño



Frente a ese panorama se vuelve indispensable una mirada crítica. La IA aprende de los datos que se le proporcionan, y esos datos están llenos de decisiones históricas que no siempre han sido justas. En selección de personal, por ejemplo, durante años se han reforzado estereotipos que asocian la informática con hombres y los roles de cuidado con mujeres.

cuenta que se apoya en el uso de ChatGPT como copiloto para preparar conferencias: plantea el tema, pide que la herramienta lo cuestione desde distintos ángulos, solicita que el contenido se adapte para audiencias como contadores o abogados y, a partir de ese intercambio, enriqueciendo así la exposición. La calidad del resultado depende menos de la herramienta y más de la capacidad de quien pregunta para orientarla.

Esta forma de trabajar con la inteligencia artificial se vincula con el método científico. Un enfoque científico no se conforma con aceptar que algo es de cierta manera solo porque siempre ha sido así. Vuelve a observar, mide, contrasta y está dispuesto a aprender algo nuevo, incluso si eso implica cambiar de postura. Para Budiño, mantenerse vigente en un entorno contable digi-

talizado exige justamente esa combinación de curiosidad y humildad: reconocer que no se sabe todo, estar dispuesto a seguir aprendiendo y utilizar la IA como un aliado que amplía la capacidad de análisis, no como un sustituto ciego del criterio humano. Al final introduce también una dimensión de poder. En la era industrial, quien tenía las máquinas imponía buena parte de las reglas. En la era digital, quien controla los datos y los algoritmos influye fuertemente en cómo funciona el mundo. Por eso considera fundamental que en América Latina haya personas que investiguen, experimenten y desarrollen tecnologías propias, de modo que la región no se limite a repetir modelos ajenos, sino que pueda decidir cómo quiere aplicar la automatización y la inteligencia artificial en su propia realidad.